

IV CERTAMEN

2.º Premio • Año 2002

Lo que hicimos, por vos -
otros
y por nosotros

Enrique Rodríguez Garrett

Ahora que por fin vivimos en un mundo aceptable y socialista, sin guerras ni hambre ni mezquindad. Ahora que se cumple el 25 aniversario de nuestra "Revolución Irreversible", he accedido a recopilar mis memorias, que espero sirvan para ilustrar las primeras y confusas etapas del proceso histórico que nos ha llevado hasta la situación actual. Considero que mis memorias personales son del máximo interés dada mi responsabilidad en la formación de uno de los muchos grupos revolucionarios (terroristas los llamaban entonces) que surgieron, de forma más o menos espontánea, a principios del siglo XXI. El fin que persigo es el de educar a las nuevas generaciones pos-revolucionarias en lo que ha sido nuestro pasado más inmediato. Por esta razón, creo que lo primero que tengo el deber de advertir a esta nueva generación, criada en la inocencia, es que, en contra de lo que muchos de ellos darán por supuesto, los primeros actos de nuestra revolución fueron, ahora lo veo claro, ... actos de crueldad.

No sé en qué momento se produjo el salto. Es decir, no sabría precisar el instante exacto en que, lo que era una broma entre colegas, pasó a convertirse en un proyecto de terror. En cualquier caso era verano y yo estaba a punto de licenciarme en Historia. Supongo que en parte, el no tener ningún futuro profesional, dentro del marco laboral existente, me ayudó a dar el paso. Sin embargo tanto para mí como para mis compañeros las auténticas razones fueron políticas y... como no podía

ser de otra forma, emocionales. La ultraderecha avanzaba y con la colaboración de la "Tercera Vía" de Tony Blair, Europa se estaba convirtiendo en una fortaleza, con leyes cada vez más duras contra los seres humanos.

Coincidió que por esa época, mi amigo Sarabia y yo teníamos por costumbre reunirnos los lunes en la cervecería de detrás de mi bloque para analizar como el mundo se iba a la mierda. Emotivamente los dos pasábamos una mala racha. Yo especialmente, las puertas se me cerraban incluso antes de llamar a ellas, no tenía ningún proyecto vital y reconozco que necesitaba uno.

Por eso, cuando aireamos la vieja idea de secuestrar a Tony Blair, la línea entre la broma sofisticada y lo que realmente estábamos dispuestos a llevar a cabo, se había estrechado dramáticamente.

Lo primero era justificarlo moralmente, lo que nos llevó unos tres segundos -Es un monstruo-. Luego los preparativos logísticos. Los padres de Sarabia se pasarían el verano en el pueblo, lo cual nos dejaba la casa libre para que la utilizáramos de zulo. Aún era una broma, sólo un pasatiempo, entonces ocurrió lo de María.

Lo cierto es que Sarabia, nunca tuvo un carácter disoluto, pero creo que lo de María fue el detonante, "su" motivo para dar el paso. Sarabia había conseguido hacerse a la idea de que su antigua amada, María, ya no estaba con él y ahora vivía con un mono. Lo que le superó fue descubrir que en realidad "era" un mono. Me llamó por teléfono para contarme, melancólico y deshecho, cómo les había sorprendido, creo que de la mano, apenas dos horas antes en la cola de los cines Princesa. -Es

un mono, un mono de verdad- se limitó a murmurar. Palabras austeras bajo las que se adivinaba el rencor, la impotencia y el punzón de su autoestima herida. Huelga decir que entre María y el mono no había nada sexual. Era sólo que María, una chica de tendencias naturistas, de carácter sensible y retraído, había encontrado, en un chimpancé pitecantro oblongato, el afecto poco exigente que necesitaba en aquellos tiempos despiadados e inhumanos de principios de siglo. Sin embargo a Sarabia no podía dejar de atormentarse con la idea de que, de alguna forma, había perdido la partida. Y el que la vida le obligara, en su más viril juventud, a tener celos de tan peludo y simiesco adversario, fue el golpe de gracia para su ego. Estaba listo para la acción. -Vamos a hacerlo, vamos a hacerlo pero de verdad - me dijo con la determinación de un psicópata. Y yo asentí. Sarabia daba por hecho que cualquier proyecto de este tipo, incluía, por descontado, a nuestro amigo Luis, junto al que habíamos crecido hasta convertirse éste en un cantautor alto y moderno. Yo, en un primer momento, no estaba de acuerdo, por la sencilla razón de que Luis le tenía aprecio a la vida: Ligaba, quedaba con pibas y tenía una incipiente carrera musical. Es decir, tenía cosas que perder, lo que le hacía, en mi opinión, poco de fiar. Sin embargo Sarabia ya le había contado el plan y Luis, siempre a la búsqueda de nuevas experiencias, estaba eufórico y no paraba de presentarnos ideas para el proyecto. Accedí a regañadientes, pero ahora me alegra poder decir que Luis se reveló pronto como una importante aportación. De hecho, si fuimos capaces de llevar a cabo nuestro plan, fue gracias a una de las optimistas ideas que la

mente de Luis generaba continuamente. Fue él quien dio la solución al problema de la captura de Blair y los problemas que se derivaban de traerlo, siguiendo nuestro artesanal plan inicial, en un saco desde Londres. Su idea era genial por su sencillez, hacer que fuera Tony Blair quien viniera a San Cristóbal, nuestro barrio. Obviamente, en un primer momento, la idea nos pareció, como a ti lector, una estupidez. Sin embargo los 3 años que Luis pasó estudiando derecho probaron no haber sido totalmente estériles. Una reminiscencia legal, de los tiempos de la Revolución Inglesa de 1689, nos iba a dar la solución. Este resquicio en el derecho británico, era una ley, aprobada como parte del "Bill of Rights" que Guillermo de Orange se vio obligado a firmar ante el parlamento, como condición para la restauración monárquica. La ley en cuestión era la llamada "Right for Significant Supper" que vendría a traducirse como Derecho a Cena Relevante. Según dicta esta ley, cualquier ciudadano inglés tiene derecho a exigir la visita, en su propio domicilio, del jefe de gobierno a cambio de invitarle a cenar. Este anacronismo legal británico, concebido para acercar el gobierno al pueblo, había caído hace tiempo en desuso. Sin embargo ningún gobierno, laborista o conservador, se había atrevido a revocarla para no aparentar un distanciamiento premeditado con respecto a su electorado. Posteriormente esta particularidad inglesa fue, Luis no sabía exactamente por qué, recogida por la legislación Europea en la cumbre de Niza. Por lo que nosotros, como ciudadanos de la UE teníamos derecho a usarla.

Luis se puso manos a la obra y redactó una solicitud

formal, que yo traduje y entregué en la embajada inglesa. Durante las semanas que siguieron, debo reconocer que nos olvidamos un poco del tema. El ardor con el que habíamos defendido cada una de nuestras aportaciones al proyecto, se iba ahora disipando, confundándose con el agobio térmico de la temporada estival. Sin embargo cuando Sarabia recogió en el buzón una carta con el membrete oficial de la embajada británica, la adrenalina recuperó el terreno perdido. Y los tres juntos leímos, dominados por la euforia que resulta de mezclar la alegría del éxito parcial con el miedo a la responsabilidad recién adquirida, que el gobierno inglés había accedido.

Los 10 días siguientes fueron todo emoción y preparativos. Curiosamente en ningún momento pensamos en echarnos atrás, o si alguien lo pensó no lo dijo. Habilitamos como zulo el cuarto de los padres de Sarabia, insonorizándolo con cartones de huevo. Repasamos los planes una y otra vez y discutimos las condiciones que pondríamos para su liberación y qué haríamos si se negaban, aunque sobre esto último no llegamos a ningún acuerdo. Finalmente traje los grilletes y los coloqué en la habitación que habíamos acondicionado. Al fin llegó el día, una jornada de desesperante incertidumbre, al final de la cual, aunque con un poco de retraso respecto a la hora convenida, sonó el telefonillo. Sarabia, que se había tomado un ansiolítico, abrió el portal y nos miró a Luis y a mí, todos pensábamos lo mismo: Nos dimos cuenta de que esto era de verdad, de que en realidad el líder laborista que tanto odiábamos se encontraba subiendo las escaleras y en unos momento estaría aquí. Nuestro proyecto se materializaba ante nuestros

ojos de tal manera que en unos momentos no habría vuelta atrás, tampoco la queríamos, pero lo cierto es que todos teníamos miedo. Sonó el timbre. Abrimos. Ante nosotros apareció la blanca y demagoga sonrisa característica de Tony Blair. -Ay, ay, que paranoia- exclamó Luis llevándose las manos a la cabeza. Ignorándolo, Blair se disculpó por el retraso y todos nos presentamos. Yo, obviamente, traducía:

-Os he traído esta botella de vino, espero que os guste, es español claro- dijo Blair, dándosela a Sarabia.

-Ah, gracias- contestó Sarabia, riendo nervioso- Siéntate, hemos pedido chino- completó queriendo ir al grano.

Y nos sentamos en la mesa. La comida estaba un poco fría, arroz, rollitos, temera picante y cerdo agridulce. En la tele Ana Obregón hacía un Striptease. Como todos nos sentíamos violentos nos evadimos los unos de los otros, mirándola mientras comíamos mecánicamente. Luis, para romper el hielo, se dirigió a Blair, con las fauces llenas de tallarines y en Inglés: -That woman is good eh? -Yes... mujer española..., buena.-Contestó, con falsa complicidad. Los demás le reímos la gracia y yo le hice un halago por cumplir con una ley tan antigua. Él lo agradeció y levantando su rollito en el tenedor me preguntó a qué nos dedicábamos cada uno, le iba a responder pero Luis me cortó, queriendo lucir su inglés, -I am a Singer, Enrique studies History... -Y Blair ponía cara de interés, diciendo "Oh" y "Ah". Yo miraba a Sarabia. Los dos sabíamos que, si seguíamos dándole conversación, acabaríamos humanizándolo y no habría forma de hacerlo. Blair

comía y bebía con celeridad, se notaba que quería terminar con el asunto y salir para Barajas. Entonces sonó su móvil. -Yes, Yes, sure... yes- contestaba al aparato mientras se levantaba de la mesa y sin pedir permiso desaparecía en el cuarto de los padres de Sarabia, para hablar con privacidad. Entonces los tres rompimos a hablar a la vez, el corazón saliéndonos por la boca:

-“Ya, hay que hacerlo, pero ya” “-Si no, se va a pirar. - En cuanto salga” “En cuanto salga”

Blair reapareció a los tres minutos con una sonrisa, la última. Empezó a hacer un comentario sobre los cartones de huevos en las paredes. -It's funny, the walls are covered... -En ese momento, Luis, que era el más alto le cubrió con un saco hasta la cintura y Sarabia y yo nos abalanzamos sobre él, dejándolo inconsciente a golpes de cucharón. Entre los tres lo arrastramos al zulo. Tras esto nos derrumbamos en los sofás. Habíamos superado la primera fase

Bien, ya estaba hecho, Blair se despertó a las dos horas con los grillos puestos. Gritó hasta que se le puso la voz roja, pero no le sirvió de nada dentro de una habitación, que aunque precariamente insonorizada, se encontraba ubicada en un bloque habituado al horror y ajeno a las lenguas extranjeras. Aprovechamos para terminarnos las sobras del chino y descansamos. Luego nos repartimos las tareas para los próximos días. Tendría que haber alguien con él a todas horas, habría que darle de comer, acompañarle al servicio y semanalmente, tirarle un cubo de agua por la cabeza.

Los días transcurrieron sin complicaciones. En prin-

cipio, esperábamos haber tenido más problemas y para afrontarnos habíamos diseñado todo tipo de complejos planes A y aún más intrincados planes B. Pronto nos dimos cuenta de que no serían necesarios. La desidia veraniega, unida a las luchas internas del partido laborista y a la inaccesibilidad geográfica de San Cristóbal habían disuadido todo intento de rescate. Para no forzar la suerte, decidimos no plantear por el momento ningún tipo de reivindicaciones. Blair también se había dado cuenta de su situación, sabía que no le rescatarían. Y si bien ya se había hartado de gritar, no desistió sin embargo de lanzar una patética campaña de acercamiento a nosotros, intentando ganarse nuestra confianza, haciendo todo tipo de promesas y articulando toda clase de mentiras, fingiendo síndrome de Estocolmo con todo su talento de político mediático. Estos intentos de acercamiento, expresados quejumbrosamente en el estirado y agudo acento de la clase alta británica, nos ponían nerviosos a todos, especialmente al irritable Sarabia. Por eso no nos extrañó todo lo que hubiera debido extrañarnos cuando, en un cambio de turno, nos encontramos a Blair con los labios cosidos y a Sarabia, trastornado, retocando sus fotos de la playa en el ordenador, murmurando entre dientes -Tuve que hacerlo, hoy ha estado especialmente horrible, me agobió lo que no os imagináis... y además he estado hablando antes con María..., esa zorrita... estuvo seis meses sin besarme, ¡Bueno ya está hecho... y ya está!- No le dijimos nada, no era el momento de empezar a pelearnos entre nosotros, pero lo cierto es que aquel día, todos, perdimos buena parte de nuestra inocencia.

Por otra parte, ahora recuerdo esta etapa como un momento especialmente emocionante, espero que me perdonéis esta frivolidad, pero creo que es comprensible, éramos jóvenes, entendíamos de cine y habíamos secuestrado, (no tendré la hipocresía de decir "hecho preso") un jefe de gobierno. Aunque cuando hablábamos entre nosotros destacábamos el valor político de lo que habíamos hecho, su trascendencia mediática o su justicia...secretamente los tres apreciábamos el nuevo rol que teníamos en la vida gracias a nuestro proyecto. Esto lo expresábamos de formas muy variadas, por ejemplo estéticas. No es que cambiáramos nuestro look, pero de alguna forma sé que yo y Sarabia revalorizamos nuestras respectivas barbas y rapados, encontrando las implicaciones viriles y destructivas a lo que antes sólo era un peinado cómodo. He de confesar que, una o dos veces, me sorprendí a mí mismo mirándome en el espejo de algún escaparate y sintiendo orgullo de mi apariencia, relacionándola con el secreto que motivaba mi satisfecha sonrisa. El caso de Luis era algo distinto, Luis quería ser un terrorista guapo, lo que a mí, hipócritamente, me parecía una banalidad. Luis se perfumaba y se echaba gomina, sus canciones adquirieron un matiz político y folló muchísimo más, supongo que en el fondo me daba envidia.

La nueva actitud que tomamos ante la vida también se plasmaba en actos algo más importantes. Lo cierto es que a mí en particular se me hacía especialmente incompatible el haber dado un paso tan radical, en una faceta de mi vida, y por otro lado seguir soportando las injusticias y estupideces y mezquindades de la España pre-

revolucionaria. En relación con esto recuerdo un incidente en particular: Como ya he dicho me encontraba en el último año de carrera, y por aquel entonces se hacía una absurda ceremonia en honor de los que se iban a licenciar, durante la cual se les entregaba una orla y un diploma. Yo, por una mezcla de casualidad y curiosidad, asistí a una de estas ceremonias. Al fondo del abarrotado salón de actos, pude distinguir a un gordo horrible que conocía de antes por ser un pelota de renombre y por llevar un reloj de oro, además de un maletín que, apostaría, se habría comprado la semana antes de ingresar a la universidad, seguramente el mismo día que le regalaron el reloj. El gordo en cuestión había contraído una leucemia muy dura un año antes y todo lo que se le ocurrió hacer con el tiempo que le quedaba, fue rogar a los profesores y al decano y al rector que le aprobaran las 7 asignaturas que le quedaban pendientes, para morir licenciado. Así que el gordo, que había perdido todo su pelo rizado, fue izado al escenario, donde se le entregó el título, la orla y se le puso como ejemplo de espíritu universitario. A mí me dio tanto asco que se aplaudiera el hecho de que éste imbécil tuviera como último deseo llevarse un título al otro mundo que no pude menos que gritarle -¡Idiota!- tras lo cual todas las miradas de mis compañeros, incluyendo los que, desde que comenzó el secuestro, me dejaban los apuntes que yo no podía tomar, me miraron llenos de estupor y desaprobación, -¡Imbécil!- me reafirme, para no flaquear -¡¿De qué te va a servir, eh, de qué? Gordo idiota!- tras lo cual, muy violentado y sintiendo que me abandonaban las fuerzas, abandoné la sala a toda prisa. Antes del secuestro de

Blair no hubiese hecho nada parecido por miedo a las consecuencias, pero ahora percibía este tipo de cosas como un deber.

Mantener a Blair en secreto era algo que nos costaba a todos, por las ganas de presumir supongo. Al principio cumplimos muy bien nuestras propias ordenanzas, pero luego la disciplina se relajó. Empezamos a sacarle al salón, para ver la tele, aunque no los telediarios, pues se ponía muy triste al ver que ya no hablaban de él y nosotros no éramos unos sádicos. Luego empezamos a recibir algunas visitas, lo que era normal, pues al fin y al cabo, y aunque casi se nos había olvidado, nuestro cuartel era la casa de Sarabia. Andrés fue el primero en venir, a Luis se le había ido la lengua y Andrés insistió mucho en ver a Blair, pero cuando subió y le vio encadenado en el sofá, le dio tanta aprensión que tuvo que irse corriendo a su despensa de ansiolíticos. También apareció por ahí el Chulo, pero creo que iba drogado y no notó nada raro, pues se limitó a sentarse en el sofá al lado de Blair y darle palmadas en la pierna, sonriéndole y exclamando "¡Machote!". Las pibas de Luis suponían un mayor problema, pues insistía en traerlas aquí y enseñarles a Blair diciendo "¿Qué fuerte, eh?" Tras lo cual desaparecía con ellas en alguna de las habitaciones.

Muchas veces me han preguntado como eran las relaciones entre nosotros, ya que es conocido que en otros grupos terroristas, como ETA, la RAF, o Sendero Luminoso, las disputas internas dan lugar a duros enfrentamientos, algunos de los cuales se saldan a tiros. He de contestar que aunque, debido a nuestra amistad inicial, las relaciones fueron buenas, no estuvimos libres de cho-

ques, incluso de disidencias. Esto nunca fue más cierto que en el momento en que a Luis, cuya carrera de cantautor empezaba a convertirse en algo serio, se le presentó la posibilidad de grabar un disco con la OTAN. Es de todos sabido que por aquel entonces la OTAN apoyaba mucho a los músicos, y que firmar un contrato con su sello era sinónimo de éxito y giras. Sin embargo, nadie minimamente lúcido se podía tragar que lo hiciera por motivos altruistas como se esforzó en hacernos creer Luis, intentando convencerse a sí mismo en realidad. Fue un momento duro, Luis nos acusó de ser unos fanáticos y de no creer en su arte, llegando a plantearse dejar el proyecto. A Sarabía, su amigo de la infancia, esto le sentó especialmente mal y utilizó todos sus recursos para convencerle de que apoyábamos su música pero que la OTAN era una organización criminal que escondía oscuros fines propagandísticos tras su aparente apoyo a la música independiente. Le recordó los bombardeos de Kosovo y le advirtió de que si daba un paso así, vaciaría de significado todo aquello por lo que habíamos luchado. Sus palabras fueron tan duras y sus argumentos tan contundentes que a Luis no le quedó otra opción que reconocer que teníamos razón, rechazar la oferta y seguir con nosotros. Espero que no se arrepintiera.

Inevitablemente el paso del tiempo, tanta gente entrando y saliendo, las idas de lengua y las piradas de olla... terminó por saberse en el barrio lo que habíamos hecho. La gente nos hacía comentarios e insinuaciones, las marujas del mercado ladeaban la cabeza como gallinazas diciendo "Ay, Ay que juventud" a lo que era normal que algún viejo replicara "Ya era hora, di que sí cha-

val, ¡Qué sois vosotros los que os tenéis que mover! ¡La juventud!... porque nosotros ya..." la gente murmuraba sobre nosotros en el autobús y algunos bakalas, celosos de tanta atención, lo ponían todo en duda diciendo "A ver, donde tenéis al Blair ese, ¿eh? ¿Por qué no vamos a verlo?, ¿Eh? ¿Eh? Venga, ¡Anda ya! ¡Que no tenéis nada!". El rumor se extendió tanto que dio origen a otros subrumores, totalmente falsos, llegando al punto demencial de afirmar que también teníamos secuestrado a Schroeder y a Lady Di con fines innombrables. Esto nos obligó a hacer una declaración oficial y a publicar por todo el barrio, en forma de cartel, las razones de nuestra acción y nuestro alegato contra el prisionero. A partir de ese momento, y viendo el horrible monstruo que era Blair, la gente nos mostraba su apoyo y nos pedía verlo. Podríamos decir que el clima general de la opinión pública nos era favorable. Como demostró el hecho de que, cuando Blair, aprovechando un descuido, consiguió escapar y llegar hasta las inmediaciones de la parada del 59, un nutrido grupo de borrachos, recién salidos de El Tazón y encabezados por el deteriorado hijo de Sole la estanquera, nos lo devolvió entre risas y alborozo, encaminándole a collejas. Tras esto, los tres vimos que era estúpido seguir escondiéndolo y empezamos a sacarlo a dar frecuentes paseos por el barrio, lo cual siempre creaba una gran emoción entre la gente, que solía exclamar cosas sin mucho sentido como "¡Vamos ya!" O muestras de ingenio popular del tipo "¡Qué calladito te veo!". Pronto se hizo obvio que debíamos elevar el calado propagandístico de estos paseos y decidimos hacer que durante una salida diaria Blair repartiera panfletos contra

la reforma laboral, lo cual aseguraba la buena aceptación por parte del que lo recibía. El siguiente paso lo dio Sarabia al proponer la idea de hacerle probar al laborista su propia receta en materia de flexibilidad laboral. Así fue como le llevamos a la Otis y le obligamos a cubrir un turno de mantenimiento. El éxito propagandístico de esta iniciativa fue tal, que recibimos numerosas solicitudes, algunas de ellas por escrito, para que Blair fuera a currar a distintas empresas. Hicimos esto en varias ocasiones con el idéntico resultado de sumir a los trabajadores en un estado de excitación similar al de los tiburones ante la sangre, siendo frecuentes durante estas sesiones las llamadas a las armas, las consignas revolucionarias y los alaridos inarticulados. Fue así que lo paseamos por todo el polígono industrial, obligándole a hacer sucesivamente de fresador, albañil, electricista o caja de herramientas. Nos aventuramos incluso a ponerle a repartir pizzas en una moto, seguido, claro está, por una caravana de coches y motos que iban jaleándole por la M30.

Los patrones y encargados, como era lógico, no aprobaban para nada ni nuestros móviles ni nuestros métodos. Pero era tanta la alegría y confianza en sí mismos que las visitas de Blair insuflaban a los trabajadores de sus empresas, que estos mezquinos individuos, capaces sólo de ver el corto plazo, autorizaban las visitas por el alto rendimiento que sacaban de las renovadas energías de los obreros durante los días posteriores. Después de varias visitas, la euforia de los trabajadores al verle llegar era, además de comprensible, incontrolable. Pongo por caso el de un trabajador de la Peugeot, que lleno de

adrenalina y ávido de protagonismo, quemó, sin que pudiéramos impedirlo, la oreja izquierda de Blair con un soplete. Esta quemadura tendría, por desgracia para Blair, un cariz profético.

Así las cosas, era normal que, al acercarse las fiestas del barrio, la gente diera por sentado que la figura central de esta edición sería Blair. La propuesta, de origen incierto, pero en cualquier caso rápidamente generalizada, de cocinarlo a la barbacoa y luego comérselo, fue sólo cuestión de tiempo.

Esto nos planteó un serio problema a los integrantes del recién bautizado Comando Sancris, ¿Qué debíamos hacer? ¿Aceptar la voluntad de una masa de bárbaros, pero que al fin y al cabo era nuestro pueblo, confiando en que esta catarsis reforzara su autoconfianza, como si de una tribu Tupí se tratara?, ¿O bien erigimos en una vanguardia ilustrada que dirigiera al pueblo sin tener en cuenta sus deseos inmediatos? El debate de cocinar o no cocinar adquiría así una profunda dimensión teórica, en la que cualquier solución de compromiso, como por ejemplo, cocinar la mitad, carecía de sentido. Al fin de la discusión, Luis, siempre un populista, votó por la cocción. Sarabia argumentó problemas sanitarios y dijo que no participaría. Sin embargo, en este caso vi el elitismo tras la hipocondría de mi amigo e incliné la balanza del lado contrario. Habría barbacoa.

Los preparativos fueron, por así decirlo, un puro inventario, la leña, la parrilla, las salsas, el curry... Lo duro fue preparar a Blair, especialmente afeitarle la cabeza y las cejas. La tarea me tocó a mí... en principio

estuve conforme, el pelo arruinaría el asado... Pero luego llegó la hora de la verdad. La hora a la que todo revolucionario llega en un momento u otro de su trayectoria. El instante en el que debe obligarse a sí mismo a llevar a cabo una tarea que repugna su moral a corto plazo, en aras de una moral mayor, futura... distante, o difusa si se quiere, pero más elevada al fin y al cabo por estar templada en los fuegos del sacrificio. Fue una penosa y triste tarea, lenta y silenciosa, impregnada de una dolorosa intimidad que ninguno deseaba. Una eternidad en la que le enjaboné la cabeza e ignoré, blindándome el corazón con el acero del deber, sus sordos gemidos y sus solitarias lágrimas. Él lo sabía, sabía lo que iba a ocurrir.., más o menos. Fue muy duro pero lo hice... le afeité.

El día siguiente fue la fiesta, había, como todos los años, títeres y atracciones, puestecillos y conciertos en el campo del Sancriis C.F. Por primera vez hubo también debates y entrenamiento militar. Terminadas las actividades, el grueso de la gente empezó a arremolinarse en el fondo del campo de futbol, donde se acababa de prender la leña. Los puestos de bocadillos no habían vendido mucho aquel día, todos habían estado reservando su hambre para Blair. Por fin llegó en un autobús 59 decorado con guirnaldas, lo bajaron y la multitud rompió en vivas. Empezaron a desnudarlo y sazonarlo sin que él hiciera nada por impedirlo. Pronto lo pusieron al fuego. El aire se llenó de un extraño olor y de un siniestro crepitar. Fue entonces cuando Blair, supongo que imbuido de la fuerza definitiva de la agonía, consiguió separar sus labios cosidos y lanzar el grito más largo, inhumano y desgarrador que he oído nunca. Un alarido tal, que

muchos de los presentes, especialmente las madres y también los hombres de corazón más keynesiano, dudaron. En ese momento pensé que lo de la barbacoa había sido, sin más, una concesión a lo peor del barrio. Vi como empezaba a formarse una fila con personajes tan siniestros como los hermanos Caballero, el Dubi y el Seco con sus novias subpeluqueras, El Taki y el Toni, La Cluny, mi vecino del doce y su horrendo hijo... todos con los cubiertos en mano. Me pregunté si, de alguna forma, no habríamos creado un monstruo. Al oír este último estertor, reparé en el papel tan pasivo que había jugado Blair en un proceso tan importante para su vida. Supongo que esa pasividad en el propio destino era la mayor de las crueldades inherentes al secuestro. Pero era una crueldad que habíamos decidido asumir. Al poco, el grito se extinguió y pusimos a sonar un disco de Tool en los inmensos bafles de las fiestas. Entonces algo cambió. Poco a poco, vi como algunos inmigrantes, moros en un principio, que hasta ahora permanecían ajenos al acto, se empezaron a sumar a la fila (quizá al no haber recibido una invitación expresa, dieron por sentado de que se trataba de un acto para autóctonos. Luego fueron llegando otros, el Chulo con su gran servilleta, el sonriente Luis y su silencioso hermano, Maroto y el Cluny, Joel el de los piercing, el Bola...y así toda serie de personajes que hoy os podrá sonar tan nociva como la primera, pero que no lo era ni por asomo. Y así fue que por fin comprendí que la suerte estaba echada, que ya lo habíamos puesto en marcha. Vi a lo mejor y a lo peor del barrio unidos, a los inmigrantes al lado de los bakalas, a los viejos comunistas junto a los antiguos yonkis, a las manijas con sus

vestidos de flores estampadas... Los vi a todos esperando su primera ración de jefe de gobierno. Vi también como por primera vez se escuchaba una música decente en las fiestas de mi barrio y comprendí que había comenzado una revolución. La revolución que no tendría vuelta atrás. La que todos, conscientes o no de ello, habían estado esperando. Atardecía en Sancris. Cogí mi plato y me puse a la cola.

Bien, así fue como ocurrió. Como os advertí en un primer momento, es una historia dura, pero es que "La Historia" es dura y sólo perdona a los vencedores. Nos vimos obligados a llevar a cabo actos como este y muchos otros... Pero antes de tacharnos de crueles o sanguinarios, desde vuestra inocencia actual, recordad que la sangre y las salsas son el lubricante indispensable en la maquinaria de toda revolución. También de nuestra revolución, de la que vosotros sois hijos, de cuyos avances y progresos os beneficiáis. Por eso, cuando echéis la vista atrás, sobre las acciones, unas veces bellas, otras terribles, que llevamos a cabo en San Cristóbal y en tantos otros lugares, a principios de siglo.. .Tenéis el derecho de criticarlas, pero no tenéis el de olvidar que, todo, lo hicimos por vosotros.